

Aforismos de la cultura y el derecho cultural

Por Gustavo Simona

Cultura no es tecnología. La tecnología es un cierto efecto de la cultura. Por eso, el derecho de los ciudadanos a gozar del desarrollo tecnológico no inserta a los individuos en el desarrollo cultural, sino que los prepara para una determinada línea de consumo.

La doctrina jurídica es casi unánime en dos puntos: Primero, el reconocimiento de los derechos culturales es un tema pendiente en la agenda de los estados (“categoría subdesarrollada de los derechos humanos” de acuerdo a la tesis de Symonides¹, repetida en numerosas ocasiones y que a su vez es dicha como repetida por este autor). Segundo, la cultura es una cosa cuya definición se complica. Sin profundizar en el contenido de lo que llamamos cultura, el derecho parecería basarse en un tácito “todos pensamos más o menos lo mismo acerca de lo que la cultura es”, a la hora de establecer aquellos derechos pendientes. Vale decir que, al someterse a una supuesta indefinición del término, la actividad de reconocimiento de los derechos culturales no puede calificarse de cultural.

Todos los programas fundacionales del estado moderno tienen por base la conservación y perpetuación del Estado. Esto en su tiempo se conoció bajo el nombre hoy impopular de “razón de Estado”. En esta línea, el Estado no ha hecho más que delinarse bajo los instintos de conservación y reproducción (engrandecimiento) que se observa en todo fenómeno natural, incluido el hombre. La cultura, sin embargo, es *la vida no sólo de pan*. Esto significa que los hombres, en ciertas circunstancias, se colocan en situaciones que contradicen los fines básicos de su existencia. Antiguamente, esto era observable en los misticismos religiosos; más acá en el tiempo, en la existencia artística (Van Gogh).

Si la cultura constituye una desviación de los instintos elementales de la vida (sobrevivir, reproducirse), el Estado –animal profundamente más sano que el hombre para perseguir estos instintos- fácilmente puede convertirse en enemigo de la cultura.

Una prueba de ello la da el propio Symonides, cuya vinculación a la Unesco nos exige de toda desconfianza: “Entre los motivos importantes de reserva en relación con los derechos culturales han de mencionarse, por último, los temores y sospechas que abrigan los Estados de que el reconocimiento del derecho a las diferentes identidades culturales, el derecho de identificación con grupos vulnerables, en particular las minorías y los pueblos indígenas, **pueda fomentar la tendencia a la secesión y poner en peligro la unidad nacional.**” “Unidad nacional” responde a los instintos de conservación antes apuntados. Difícil es negar que toda entidad que busca preservar su ser mantiene una lucha contra la dispersión de su “unidad”.

La conducta estatal apuntada da una pauta acerca de lo que es cultura: realización de una diferencia. El estado, al contrario, como el hombre en su actividad instintiva elemental no intenta concretar una distinción, sino hacer permanecer **lo mismo**.

Cultura en manos del Estado significa reducción de la diferencia a fines de perpetuación y reproducción. Por ello, salvo en la esfera solitaria del artista, cultura hoy siempre remite a un fin útil. Sostener que la cultura “sirve para...” anula justamente su más preciosa potencia: la posibilidad humana de salir del orden estricto de la necesidad fisiológica.

No es casual que el artista moderna constituya una mónada aislada. La noción de “grupo cultural” es ajena al mundo moderno, precisamente porque la grupalidad puede tender al

¹ Ver Janusz Symonides en <http://www.unesco.org/issj/rics158/symonidesspa.html>

autosostenimiento y por ende escapar a la lógica estatal. El artista como expresión absolutamente individual necesita al Estado, precisamente para su conservación.

El estado no debe fomentar la cultura. Ante todo, debe temerla.

El estado reemplaza actividad cultural con poder adquirir.

El estado no es racional y la cultura irracional o a la inversa. La razón de la cultura es su propia experiencia. La razón estatal es la puesta en práctica de su propia conveniencia.

En las épocas en que Occidente desplegó su mayor potencia cultural, la cultura no era objeto de regulación gubernamental, sino el producto de reuniones de individuos con grados de curiosidad casi patológicos. Esta fue Grecia. Sobre sus creaciones continuamos amoldando el fundamento de nuestro presente. Sin embargo, ahora el Estado ha atrapado lo que en su origen no nació de él.

“Cultura es el reconocimiento de algo exterior a nosotros mismos”². El Estado sólo reconoce un interior. Y si admite un elemento exterior, sólo lo hace a fuerza de interiorizarlo en su lógica. El Estado, por lo tanto, no es cultura.

Rechazar la subordinación a los fines elementales de la vida ocurre tarde o temprano en todos los individuos. Las fiestas son un ejemplo de ello. Sin embargo, la noción de artista –el que por excelencia escapa a esos criterios básicos- implica en el mundo moderno un cierto tipo de individuo, usualmente minoritario. Los pueblos verdaderamente culturales supieron en cambio que en todo hombre habita un cierto tipo de artista, lo que resulta más coherente con la primer oración.

Las invenciones culturales no son para todos. Porque “todos” sólo puede participar de los productos de la cultura, más no de su creación. Y cultura es creación. A quien no es competente para comprender el acto creativo, los productos culturales deberían serle ocultados.

La cultura es una fuerza discriminante. Globalizarla es un sinsentido.

La cultura da lugar a la tecnología. Pero ésta devuelve al hombre a su lucha por la supervivencia biológica (“no puede vivir sin celular”). Por lo tanto, también es parte fundamental de la actividad cultural el saber contener los productos que surjan de la actividad mental. No todo lo pensado debe ser fabricado. Cultura aquí, además de creación, significa moderación como sabiduría.

Estamos cansados del científico que dice “yo lo advertí”.

El subdesarrollo de los derechos culturales no obedece a la falta de reconocimiento estatal, todo esto es del orden del efecto. Las fuerzas de civilización hoy son casi estrictamente “políticas”, tienen que ver con el orden y la seguridad. Todos los hombres son “políticos”, pero ello los ubica en el ansia basal de mantenerse vivos y reproducirse con tranquilidad. Los hombres culturales son escasos y permanentemente deben defender la “utilidad” de sus comportamientos y pensamientos. Esta defensa es simplemente un atraso en el desarrollo cultural, no un fundamento que hace aceptable una cierta cultura.

² G. Colli, *El libro de nuestra crisis*, Paidós, 1991, pág. 80.